

## RECAMBIO DE PORTAVOZ

### Raymundo Riva Palacio

En marzo, Otto Granados Roldán dejó de ser el jefe de prensa de la Presidencia de la República para ir a buscar la gubernatura de su natal Aguascalientes. Más tardó en llegar al estado que en ser criticado en diversos medios de comunicación.

El que buena parte de esos medios y periodistas que lo critican ahora, no lo hayan hecho cuando era uno de los hombres más poderosos de Los Pinos, sería un aspecto para debatir en términos de responsabilidad y ética. Sin embargo, esas voces que ahora se suman a su crítica no carecen de fundamento.

Granados Roldán fue un hombre duro en sus funciones, lo que habla bien de él como ejecutor. Su personalidad lo llevó, no pocas veces, a tomar una actitud arrogante y soberbia, que tampoco estaba ausente en otros miembros del gabinete. Rodeado por algunos hombres de experiencia, sin embargo se dejaba aconsejar por otros de mucho menor calibre, en lo que internamente se denominaba "el kindergarden de Otto".

Ejerció el poder en la más pura esencia maquiavelana. Se impuso a varios dueños y directores de periódicos en una forma insolente que sólo era opacada por la posternación de ellos. Distante de reporteros, cultivó a pocos e ignoró a muchos. Amenazó e injurió a medios y periodistas, pero también los usó para golpear a opositores y miembros del gabinete con los que no congeniaba.

Como boxeador de barrio, siempre estuvo presto a ponerse los guantes para defender a su jefe, el presidente de la República, y no se contuvo para cumplir sus propósitos. Desde el punto de vista de gobierno, Otto Granados Roldán cumplió cabal y eficazmente su papel. Es evidente que su jefe, el presidente Carlos Salinas de Gortari, un hombre que es fiel a sus amigos pero no por ello solapa mediocridad o deficiencias, está satisfecho. La segura gubernatura de Aguascalientes es la prueba.

Sin embargo, era necesario un cambio de personalidad para la segunda y última parte del sexenio. La situación política, aunque no explosiva, es bastante delicada, y un manejo torpe puede poner en dificultades un proyecto, agotado su tiempo para controlar los daños. La salida de Granados Roldán se da, así, en momentos de agitación en México.

El descontento dentro del PRI por la forma como se han manejado las candidaturas a gobernador está ahondando las heridas producidas por la tecnoburocracia. Los tropiezos en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio introducen nuevos obstáculos en la consolidación del proyecto económico salinista. La desarticulación de la oposición tampoco ofrece opciones viables ni contrapeso para los hombres en el poder. Incluso problemas como la contaminación dejaron de inscribirse en el solo marco ambiental, para trasladarse al político.

Los puentes que rompió Otto Granados Roldán con los vehículos de los mensajes del gobierno para con sus gobernados tratarán de ser reparados por su reemplazo, José Carreño Carlón, un periodista veterano y un experimentado político. ¿Mano blanda por mano dura? ¿El cuento de Mario Benedetti *Pedro y el capitán* repetido en la comunicación social del gobierno? ¿Sangre nueva, reoxigenación en las relaciones con los medios?

Muy pocos más allá del círculo íntimo salinista podrían responder estas preguntas, pero algunos hechos permiten asumir que la decisión final de mover a Carreño Carlón a Los Pinos -que no enviar a Granados Roldán a Aguascalientes-, fue tomada en definitiva hasta este año. Todavía a finales del año pasado, según ejecutivos de algunos periódicos, el presidente Salinas estaba sondeando con ellos la incorporación de su amigo para dirigir las relaciones con la prensa. Si ser director de comunicación social de la Presidencia es una designación sólo presidencial, ¿por qué Salinas de Gortari tendría que sentir cómo recibirían a Carreño Carlón en los medios? ¿No estaba completamente seguro de que con él revitalizaría sus relaciones en ese sector de la sociedad?

Una explicación se encuentra en el pasado reciente del nuevo jefe de prensa presidencial. Durante tres años como director del periódico gubernamental *El Nacional*, Carreño Carlón no se distinguió por ese gran manejo político-diplomático, de prudencia y ponderación, que mostró cuando editorialista influyente en los primeros años de *unomásuno*, y posteriormente como subdirector de *La Jornada* (aunque tras la postulación de Salinas de Gortari para la Presidencia comenzó a lanzar sus primeras dagas a la oposición).

Durante su gestión en *El Nacional* el periódico golpeó severamente a algunos medios y periodistas. Tuvo pleito con *La Jornada* y su principal columnista, Miguel Ángel Granados Chapa, que motivó una enérgica reacción del equipo editorial del periódico. Ideas suyas y de Otto Granados Roldán tomaron cuerpo en artículos editoriales con lenguaje sarcástico y difamatorio, firmados por subalternos de Carreño. Las columnas de *El Nacional* entraron en conflicto con otros medios como *El Financiero* y con la revista *Siempre*, lo que sólo sirvió para polarizar posiciones y distorsionar lo que debería haber sido una discusión

abierta de ideas y políticas.

En ese sentido, Carreño Carlón llega con precedentes más negativos de como llegó Granados Roldán a la oficina de prensa presidencial. Para la segunda mitad del sexenio los puentes rotos y las escaramuzas con medios y periodistas tendrán que ser restaurados y dejados en el pasado, sin que eso signifique haberlos borrado de la memoria, porque el pasado es vital para entender el presente.

Sería más que saludable un cambio en las relaciones prensa-gobierno, con reglas claras y transparentes. La llegada de Carreño Carlón parecería indicar una tendencia hacia ese objetivo. Sin embargo, no hay que olvidar ciertas premisas que permean la comunicación social del gobierno, para precisar sobre qué terreno se pisa y cuáles son sus alcances y limitaciones.

Otto Granados Roldán no fue nunca un agente libre que actuaba de manera autónoma. Obedecía cabalmente las instrucciones de su jefe y lo defendió con su misma imagen. Carreño Carlón tampoco se manejaba de manera independiente, y sostenía una relación muy estrecha con el presidente, a través de la red telefónica de los altos mandos, una de cuyas extensiones se encontraba en su oficina, o siendo invitado de piedra en algunos de los acuerdos privados que sostenía el jefe de Ejecutivo con miembros de su gabinete.

Es decir, ambos eran consistentes en su defensa del mismo hombre. Y ambos gozaban de su gracia y perdón. El cambio en las relaciones prensa-gobierno no dependía, en el caso de Granados Roldán, y no dependerá, en el caso de Carreño Carlón, del jefe de la oficina de prensa de la Presidencia. Depende directamente del presidente de la República. En última instancia lo que puede hacer Carreño Carlón, que no hizo Granados Roldán, es sensibilizar e influir en el cambio, si es que su ciclo de vendetas y golpeteo termina como fase política y se demuestra que no fue una costumbre, sino una estrategia.